

Cruzando la Puerta santa con el P. Chaminade

Como hermanos y hermanas al encuentro del nuevo milenio

"Con la mirada puesta en el misterio de la encarnación del Hijo de Dios, la Iglesia se prepara para cruzar el umbral del tercer milenio"^[1] y para ir al encuentro de su Señor con una renovada fidelidad sostenida por la esperanza del encuentro último y definitivo. "Es como una invitación a una fiesta nupcial" ha definido el Papa esta celebración jubilar^[2]: son las bodas de Dios con la humanidad, a través de la encarnación de su Hijo en el tiempo; se ha hecho hombre, se ha encarnado, se ha "casado" con nosotros. "Dios ha puesto su tienda en medio de nosotros" (Jn. 1,14), para morar y dialogar con nosotros; para liberarnos de toda esclavitud y para enseñarnos el camino de la solidaridad y del servicio. Para el marianista este tiempo y este acontecimiento no es una encrucijada mítica ni mágica ni menos un hecho folclórico o anecdótico; es un jubileo.

En Cristo Jesús fijan la mirada los Marianistas al celebrar el segundo gran jubileo de su historia como lo hicieron los judíos en la Sinagoga de Nazaret (Lc 4, 20). También la Familia marianista quiere vivirlo como un evento de gracia, un paso que la renueve en la fidelidad creativa. **Los grandes temas del Jubileo, como la peregrinación, la puerta santa, la purificación de la memoria, la reconciliación, la alegría jubilar, el testimonio de los mártires, la nueva solidaridad profética... deben tener vivas resonancias en nuestro corazón y en nuestra fe.** La beatificación del P. Chaminade en este tiempo nos hace intensificar nuestra fe y nuestra esperanza para vivir todos estos aspectos con la certeza de que estamos en tiempo de especial bendición. Queremos recuperar el gozo de los orígenes y las ganas de vivir en plenitud. Así podremos celebrar la fiesta de la beatificación como un tiempo de promesas realizadas.

Para que el Jubileo no se reduzca a simples apariencias se debe celebrar en nuestro mundo real y a partir de nuestro mundo concreto; **con conciencia clara del contexto real en el que estamos.** Nos toca clarificar y tomar conciencia de cómo están presentes en el mundo actual el bien y el mal, la vida y la muerte, el desencanto y sobre todo los recursos que nos permiten humanizar y "divinizar" la realidad. En los días de Jubileo recibiremos especial ayuda del Señor para descubrir la parte de misterio de salvación y de iniquidad que hay en nosotros y en torno nuestro. No se podrá celebrar bien sin descubrir y alimentar las razones de esperanza de los pobres y sin conseguir que éstos mantengan viva la esperanza del resto de la humanidad. El primer Jubileo, nos recuerda el Levítico, fue una gran fiesta para los pobres; recuperaron y recibieron lo que era suyo. Así por uno u otro camino la vida de cada uno recibe sentido y orientación. Y también para los ricos; se vieron liberados de lo que les sobraba porque no era suyo. El presente, si quiere ser auténtico, deberá ser Jubileo

^[1]*Incarnationis mysterium* (IM), Bula de convocación del gran Jubileo, n. 1.

^[2]IM 4.

de los pobres y de las víctimas del mundo actual. Jubileo es, pues, renuncia y denuncia; y es, también, anuncio nuevo y renovado de la buena noticia de Jesús, noticia que seguirá convirtiendo nuestros corazones de piedra en corazones de carne. Esta conversación será a la verdad, la justicia, la libertad y el amor. Así ha sido siempre en la conversión evangélica. Y especial sintonía con estos valores han tenido los marianistas a través de su historia. Llevar a la práctica hoy las normas del año jubilar tal como las encontramos en el levítico no tiene sentido. Pero las actitudes que aparecen en esas normas sí nos invitan a revisar y convertir nuestro estilo de vida.

Para conseguirlo estamos invitados a volver a la sobriedad esencial de nuestra tradición como hicieron nuestros hermanos y hermanas santos promotores y inspiradores de fundaciones, refundaciones y revitalizaciones. El año jubilar son días para mirar al pasado y al presente, pero sobre todo al futuro hacia el cual nos guía el Espíritu a través de los desafíos de los signos de los tiempos y de los lugares. Son sobre todo días de “jubileo” y de alegría. Nos toca gozar con el perdón del Señor y de los hombres; con el que damos y con el que recibamos. Así haremos el descubrimiento lleno de misericordia y de bondad. El que permite verdaderamente llevar una vida renovada.

I. Miremos a nuestro Fundador

Muchos son los motivos que tenemos para fijar especialmente nuestra mirada en el P. Chaminade. También la Iglesia agradecida pondrá su mirada en él el día de su beatificación.

1. Una historia dinámica

En los orígenes de nuestra Familia no ha habido una figura carismática solitaria. Ha habido un grupo de peregrinos, que han acertado a ponerse "al servicio del Señor"; han querido compartir aspiraciones y experiencias; se han reagrupado en torno a Burdeos y a la Magdalena en un contexto de gran fervor y han apostado por una renovación radical de la Iglesia en el seguimiento de Cristo pobre y maestro de fraternidad; han hecho un itinerario de fe que aún sigue siendo válido y sirve para recomponer los grandes ideales del evangelio y para proponer un camino de fe y de esperanza al hombre y la mujer de hoy.

Los lugares significativos de la historia de la salvación cuentan mucho en esta historia nuestra y en nuestras vidas. A veces nos exigen determinadas presencias y siempre nos comprometen en una relectura de los grandes eventos y de las grandes figuras conectadas a esos diversos lugares. Así se entiende el testimonio histórico con el que se inicia nuestra historia. El año jubilar es para volver la vista a lo importante y central, a lo original y a la fuente de vida, a Jesús y a María. Es para poner los pies en los lugares donde ha surgido vida nueva. **Los tiempos especiales** también cuentan, por supuesto, en esta historia. Estamos invitados a vivir con intensidad los momentos en los que pareciera que se para el tiempo; a escuchar las palabras que engendran vida y compromiso. A reconocer que ha habido días de gracia y jornadas oportunas para recibir bendición. Así escucharemos palabras que engendran vida y compromiso y nos pondremos en contacto con quienes tanto han hecho para que el carisma marianista esté vivo en la Iglesia.

De un modo sencillo podemos decir que **se trata de volver a los orígenes**, a los tiempos y lugares originales de los marianistas. Al origen de nuestra fe, a Cristo Jesús, a Jerusalén; a María y a Nazaret; al origen de nuestra Familia Marianista; de cada Provincia o Región, Cada Unidad ha tenido, también, su tiempo y lugar para comenzar o su oportunidad para recomenzar. Volver a Chaminade, M. Adela, M. Lamourous... He ahí nuestro origen. Nuestros padres estaban guiados por un propósito e intención: el seguimiento generoso y estimulante de Jesús, en el dar a conocer, amar y servir a María, en el enseñar para educar... Esto se tradujo en una forma comunitaria de vida inspirada en la meditación continua y orante de la Palabra, en el diálogo y el discernimiento común, el trabajo misionero y el servicio mutuo, la comunión de bienes, la sobriedad y sencillez de estructuras y de espacios, la centralidad de la formación en la fe. Esta tradición espiritual se debería mantener viva con diversos medios: la oración personal, el silencio, la purificación del corazón, la lucha espiritual, la especial relación con María, la unión sin confusión y la espera vigilante de la vuelta del Señor, la estructura de familia, la multiplicación de los creyentes...

En el crecimiento de la Familia marianista estos propósitos se conservaron en los diversos grupos de hombres y mujeres, laicos y religiosos y jóvenes y adultos. Esto permitió elaborar sabias adaptaciones del núcleo carismático inspirador sin comprometer las grandes intenciones orientadoras que vienen de una fuente carismática donde nos encontramos todos. El proceso de desenraizamiento de Francia y de implantación en los otros países de Europa, América, Asia o África requirió opciones valerosas y una fidelidad dinámica. También tuvo y tiene errores que una año jubilar debería evidenciar y corregir. Sobre todo debería relanzar con más pasión y audacia el espíritu misionero que animen esta historia marianista.

2. Dinamismo para afrontar nuevos desafíos

La Familia Marianista tiene que enfrentar nuevos desafíos en este tiempo, cuando se están realizando los grandes cambios de la modernidad y la postmodernidad, al imponerse la racionalidad y al aflorar de una nueva manera la conciencia de la dignidad de la persona y de su autonomía y al llegar con fuerza a lo sencillo y lo concreto, al afecto y al grupo, a lo diverso y lo reunido. Surgirán en este tiempo numerosas "reformas" que propondrán una vuelta al ideal primitivo. Fruto de ello nacerá una forma de vivir el carisma marianista que deberá ser significativa para el hombre y la mujer de hoy y fiel a la gran intuición fundacional. Este sería el mejor fruto de Jubileo. Esta forma necesitará también de nuevas estructuras. **Por tanto más que de renovación y de reestructuración se trata de llegar a una verdadera refundación.** Para ello se necesitan modelos e inspiración. La beatificación del P. Chaminade nos pide fidelidad y capacidad para hacer significativa su propuesta y sobre todo el carisma recibido para el hombre y la mujer de hoy.

Para lograrlo se necesita un ardiente pasión por la Iglesia, experiencia mística, relación intensa con María y gran sensibilidad para ver y asumir las necesidades más fuertes de la sociedad y la Iglesia hoy. No hay duda que al mirar al Fundador como mediador de la gracia del Señor que sana, hecho que nos permite llamarlo beato habrá algunos que recibirán especial llamada a hacer lo mismo que hizo en su tiempo pero al modo y manera que corresponde a nuestros días y serán capaces, también, de levantar la voz y convocar a la

Familia marianista a un tiempo de revitalización de grandes consecuencias. Así los frutos de santidad y de vida se multiplicarán.

3. Una nueva toma de conciencia

Este último siglo nos ha ayudado, con sus cambios rápidos y profundos, a recuperar conciencia de la importancia de nuestro carisma y de nuestra espiritualidad. Al final de un periodo señalado por la secularización, por la búsqueda de la justicia y la libertad y al mismo tiempo de la globalización y la técnica, **se está imponiendo también una irrupción planetaria de la necesidad de espiritualidad e incluso de experiencia mística que nos harán situarnos de forma distinta ante la verdad, el bien y la libertad.**

En el horizonte de esta sensibilidad que aparece con extrema claridad en el ocaso del siglo, podemos interpretar la reconversión, por parte de la Familia marianista de su carisma y de su misión. Han contribuido a esta nueva visión varias figuras de hombres y mujeres, de laicos y de religiosos que han vivido en estos dos siglos de historia. Ellos nos ayudan a profundizar y a tratar de inculturar el carisma marianista y encontrar caminos para hacerlo. Conviene evocar algunos de sus nombres y saber que vienen de Alemania y de Austria, de Japón y de USA, de España y de Costa de Marfil, de Argentina y de Fracia, de Perú y de la India.

Ellos, de hecho, han sentido los nuevos problemas emergentes y los han señalado. Recordamos algunos: **la espiritualidad ordinaria y la sed de fraternidad más universal por una parte y más concreta por otra, el misterio de María y el desafío de la cultura que respiramos y en la que estamos “plantados”, un nuevo rostro de Iglesia y la memoria de nuestra raíz educativa, la nueva comunicación y la conciencia de la comunidad, la cercanía a los jóvenes y el servicio a los pobres, la centralidad del Salvador y la verdadera libertad del cristiano maduro sabiendo que es la verdad lo que nos hace libres.** Nos han señalado, también, nuevos enfoques y nuevo lenguaje, inspirado en nuestro propio patrimonio pero muy elocuente para las nuevas generaciones.

A lo largo de los últimos años se ha recuperado buena parte de la riqueza de los orígenes: la sólida tradición mariana, la praxis pastoral, la realidad de la Familia marianista, la cercanía a los laicos y a los jóvenes. Felizmente se ha recuperado la originalidad de la fundación marianista sin negar su continuidad con los elementos vitales de los dos siglos de historia. Hemos tenido también la gracia de la celebración de varios aniversarios y la inscripción en el catálogo de los beatos de varios hermanos. Este camino nos coloca de frente a una importante empresa: la llamada a responder con fidelidad creativa al Señor que habla a nuestros corazones en los signos de los tiempos y de los lugares en el umbral del tercer milenio y en los días del año jubilar. Esta llamada se traducirá en la formulación más clara con estos elementos del camino espiritual marianista y en la invitación más fuerte a recorrerlo con la esperanza de recoger los frutos de la fecundidad y de la fidelidad.

II. Cruzar el umbral del nuevo milenio con identidad renovada

Uno de los símbolos más evocativos del Jubileo es el atravesar la *puerta santa*. El primero que la ha cruzado ha sido el Papa en la noche de Navidad, "mostrando a la Iglesia y al mundo el Santo Evangelio, fuente de vida y de esperanza para el próximo tercer milenio"^{3[3]}. Todos nos acercamos a la "puerta santa" como *peregrinos*, y cruzándola daremos un ulterior paso: el encuentro definitivo con Cristo Señor.

Hay gestos y símbolos de año jubilar que nos evocan valores vitales. Los que han marcado nuestra identidad, y la deben todavía animar y orientar. Entre esas expresiones están: **la peregrinación y el camino, el silencio, el encuentro con Cristo, la puerta de la vida, y también la purificación del corazón, de la mente y de la memoria, el martirio, la reconciliación con Dios y con la comunidad, la gozosa fraternidad, el cántico de liberación y otras. Ellas han caracterizado las épocas más vivas de nuestra espiritualidad, y todavía permanecen como fuente de inspiración.**

El signo o el significado del paso de la puerta santa "evoca el paso que todo cristiano está llamado a dar: pasar del pecado a la gracia. Jesucristo ha dicho: "Yo soy la puerta" (Jn 10,7)... Con este espíritu el Papa atravesó la puerta santa en la noche del día 24 de diciembre de 1999. La puerta es un signo importante en una casa. En nuestro caso este signo sirve para invitar a que los ojos de todos se pongan en Jesús y a "abrir nuestra puerta a Cristo" y dejarle entrar en nuestra casa. Las puertas se deben abrir a Cristo y a los demás; cada uno de nosotros está invitado a convertirse en puerta que se abre a los otros y por supuesto a "estar a la puerta y llamar" (Apoc 3,20). No hay duda que si damos este paso en los campos marianistas volverá a florecer la esperanza.

Cruzando el umbral de la puerta santa, llevamos con nosotros nuestra memoria histórica y tomamos la buena dirección para entrar, con identidad claramente definida, en este nuevo milenio. Señalamos algunas pistas para orientarnos en este camino.

1. *Vivir en peregrinación.* La experiencia de la peregrinación está sin duda arraigada en nuestra historia. Debemos volver continuamente a ella: ponernos en camino hacia la periferia, hacia otras situaciones socio-culturales para explorar nuevas posibilidades de encuentro, de testimonio y de compromiso. La sabiduría que orienta de nuestra espiritualidad nos señala metas precisas y adecuados métodos, para vivir la libertad cristiana y ponernos al servicio de nuestros hermanos y de nuestras hermanas. Para llegar a la vida consumada meta de nuestra peregrinación de fe tenemos que pasar por los días de purificación confiados en que no nos faltarán tiempos de encuentro místico con el Señor y con María. Para vivir bien la vocación marianista se debe tener talante de peregrino, caminar con paso ligero, con poco peso y con los ojos puestos en la meta.

2. *Con el júbilo en los labios.* El año jubilar trae como fruto el júbilo. En él la Iglesia quiere que "se alegren hasta los árboles del bosque". Este júbilo nace de la reconciliación, de hacer justicia, de conseguir que todo esté como en el comienzo, como en los días de la

^{3[3]}IM 8.

creación. Cuando esto se da podemos entonar un “canto nuevo”. **Recuperar la alegría es una buena tarea para el año jubilar.** Esto va muy unido a recuperar la esperanza y recuperar la esperanza es un fruto claro de la justicia y la verdad. La paz y la alegría se sostienen con “la justicia y el derecho”. Cuando se hace ese proceso nos inunda una nueva luz y esplendor ya que la alegría es un signo claro de un año de gracia. En la tradición marianista este gozo ha estado y está muy especialmente unido a María, causa de nuestra alegría. Los días de fiesta de nuestra Señora y los lugares de María, sus santuarios, son ocasiones para ahondar en la alegría cristiana y compartirla con los demás.

3. *Fieles a una tradición.* Un aspecto muy evidente desde nuestros orígenes, ha sido el enraizamiento en la **tradición espiritual que poco a poco se ha ido haciendo y que últimamente estamos formulando de un modo sencillo y orientado al conjunto de la Familia marianista.** Esto ha dado origen a la búsqueda de una relación vital con María; esa realidad se presenta en el documento post sinodal *Vita consagrada* como la mejor ayuda para saber testimoniar una existencia transfigurada y vivida en el gozo y la esperanza^{4[4]}. Los diferentes documentos de los diversos grupos de la Familia marianista asumen fielmente la sabiduría espiritual, ascética y orante de la Iglesia. La intensa devoción a Santa María del Pilar es una gracia carismática: Ella es para nosotros Madre, Patrona, hermana, Inmaculada y testigo de la fe; Ella nos muestra y nos centra en Jesús; de ahí arranca y recibe aliento toda la espiritualidad. Ella es inspiración de nuestro camino para acercarnos a Jesús y hacer de Él el centro de nuestra vida. María es el hilo conductor de esta tradición que podemos afirmar que se orienta a vivir de Cristo y para Cristo.

4. *Pedimos perdón.* Nuestro pasado y nuestro presente tienen sombras. Sobre todo porque de uno u otro modo hemos falsificado el evangelio y hemos antepuesto nuestros intereses y proyectos a los valores del Reino. Nos ha costado seguir la veta de la vida y de la creatividad de nuestro Fundador. Por las veces que la actitud de apertura y acogida compasiva de los otros ha estado ausente le pedimos perdón al Señor. También necesitamos pedir perdón porque María no ha ocupado el puesto que le corresponde en nuestras vidas según el pensamiento de nuestro Fundador. Nos ha faltado vivir la fraternidad con profunda alegría y sentido de la fiesta. Por todos los muros de separación que hemos construido sin necesidad y que han multiplicado las divisiones también corresponde pedir perdón. En los días de Jubileo queremos experimentar el poder reconciliador de Dios y la fuerza renovadora del perdón. Es buen tiempo para seguir el sabio consejo de la antigua Regla de Vida: no rechazar como malo lo que no es del todo bueno y hacer todo para unir lo que está disperso.

5. *Centrados en Cristo que es nuestra puerta santa.* El Cristocentrismo esencial de nuestro Fundador, que se ha expresado siempre en el seguimiento de Jesús hijo del Padre, hecho hijo de María, para la salvación de los hombres 5[5] connota todo el camino de fe

^{4[4]}*Vida consagrada* (VC) 84.

marianista y sus diversas dimensiones, como movimiento estructural interno, y como prospectiva de la venida del Reino 6[6].

Esta impostación ha tenido en estos dos siglos, notables ampliaciones, y también preciosos enriquecimientos. Quienes en la Familia marianista han asimilado la espiritualidad marianista han tenido una pasión particular por la búsqueda del rostro del Señor por el diálogo de corazón a corazón con El, por la elaboración de un lenguaje nuevo, necesario para describir el recorrido de la plena transformación en Cristo. Según las sensibilidades lingüísticas, éticas y espirituales de los lugares y de los tiempos, las diferentes generaciones marianistas han contribuido a mantener como algo central el misterio de Cristo en el modelo de santidad y a explorar las insondables riquezas de su encarnación. Cuando el marianista ha acertado a descubrir que Jesús es su fuente de vida ha visto brotar en él un fuerte anhelo de comunión y de empeño misionero. La vuelta a Jesús ha sido siempre el verdadero aguijón de la fidelidad creativa. Seguirlo de cerca nos hace libres. En este año jubilar estamos invitados a continuar estas experiencias y a vivirlas en diálogo con nuestra tradición espiritual y con la religiosidad popular. María ha sido y es la mejor maestra y compañera para el marianista que hace este camino. Ella nos enseña que el fulgor de la belleza de Jesús y la fuerza de su amor purifica y transforma nuestras existencias heridas por la prisa y el individualismo de nuestra sociedad moderna.

6. La meditación constante de la Palabra del Señor. La meditación de la Palabra es otra estructura vital del proyecto de una vida marianista en el seguimiento de Cristo. Ha cobrado fuerza en los últimos años. Las expresiones "meditantes" y "vigilantes" expresan el movimiento del leer y meditar, del orar y del reconocer con los ojos del corazón la presencia del Señor en su Palabra y en todos los acontecimientos de nuestras vidas; expresan, también, la capacidad de comprometerse para que la verdad y la justicia reinen. Uno de los aspectos que se está destacando últimamente en nuestro Fundador es su buen conocimiento de la Biblia. Son abundantes las referencias bíblicas en sus "palabras y en sus escritos". En los tres volúmenes ya publicados de "Ecrits et Paroles" se confirma esta dirección.

Este "meditar la Palabra del Señor", prepara a la oración como diálogo de amistad con Dios y a la contemplación como unión con El, Palabra de Dios encarnada. Nuestro carisma contemplativo y la renovada praxis de la "lectio divina", tienen que ayudarnos a poner la luz del bien en nuestra vida y el acontecer de cada día en nuestra oración. Nuestra espiritualidad es apostólica. Para ejercitarse en ella tenemos que recuperar espíritu para leer la realidad de cada día no de una manera plana y superficial sino con ojos de quien acierta a taladrarla y así descubre en ella el mensaje y la acción de Dios. Debemos vivir esta lectura de la Palabra no solamente para nosotros, sino también para expresarla en la presentación de la espiritualidad, en los encuentros de "lectio divina", en una metodología pastoral que enseñe al pueblo de Dios un enfoque existencial, contemplativo y orante por haber llegado a descubrir las numerosas riquezas de la Palabra. Escuchamos la Palabra como María en la anunciación; la palabra penetra en nosotros y sale de nosotros y se transforma en el cuerpo de Cristo, en mensaje de Cristo; en su presencia y en su acción.

6[6] RV SM 9-11

7. *La interpelación de la sed de espiritualidad.* Nuestra tradición espiritual está provocada y estimulada de modo saludable por el fenómeno de una sed de espiritualidad. El P. Chaminade es un formador de hombres y mujeres del Espíritu. A la luz de la experiencia y de la doctrina de hombres y mujeres de la Familia marianista movidos por el Espíritu estamos invitados a dar indicaciones y propuestas prácticas, a ofrecer inspiración y orientación, a actuar un discernimiento evangélico, para superar el riesgo de experiencias superficiales de lo sagrado. Estamos llamados a vivir una espiritualidad vital y encarnada, inculturada en las diversas realidades y que sea no sólo teoría sino experiencia de vida hecha de solidaridad con los gozos y esperanzas, tristezas y angustias de las personas. Sabemos bien que son muchas las personas que no saben bien cómo orientar su existencia. El consumo se encarga de rellenar de mil maneras el vacío. Sería triste que esperasen de nosotros una propuesta de sentido, de orientación y una verdadera sanación y se encontraran solo con hombres y mujeres ocupados en hacer cosas e incapaces de señalar un camino espiritual o una experiencia de vida plena. Lo mejor que se puede hacer a una persona es acompañarle hasta las fuentes de la Escritura, los sacramentos, la oración, la caridad a fin de que pueda saborear el tesoro de Jesús y disfrutar del amor de un Padre que nos ama sin condiciones^{7[7]}.

8. *Nuestra fecundidad jubilar.* El proyecto de una fraternidad acogedora y respetuosa, orante y solidaria, pobre y acogedora, **aparece evidente en la tradición marianista y en el esfuerzo de refundación actual.** Hoy estamos en condición de entender mejor el valor de aquel modelo original basado en la comunión sin confusión y de apreciarlo y vivirlo. Percibimos al mismo tiempo nuevos retos para una fraternidad auténtica, abierta a dimensiones más globales de solidaridad y para crecer una "espiritualidad de comunión"^{8[8]} que se dilata en los horizontes de la evangelización de los pueblos, pasión de los marianistas. El P. Chaminade en el fondo consagra toda su vida y su obra a esta dimensión apostólica de la fe orante y de la comunidad fraterna. Por eso cuando la vida comunitaria es intensa nace una gran pasión para que el Reino venga. Nos corresponde vivir la disponibilidad para compartir esta pasión por el Reino y dar calidad a nuestra acción apostólica. El año santo nos sorprende con una fuerte exigencia de productividad presente en torno nuestro y que se traduce en la dura ley: "tanto produces, tanto vales" y nos recuerda que para ser fecundos hay que permanecer unidos a Jesús (Jn 15,5) y conseguir que nuestras obras sean expresión del amor derramado en nuestros corazones y de la confianza puesta en Dios.

7[7] "la respuesta espiritual a la búsqueda de lo sagrado y a la nostalgia de Dios es la meta insustituible de todo itinerario religioso sinceramente abierto a la transcendencia" VC 103

^{8[8]}Cfr. VC 46, 51.

III. Orientaciones prácticas para cruzar el umbral del nuevo milenio

La evocación simbólica del "cruzar el umbral" unidos al Padre Chaminade abre delante de nosotros nuevos desafíos y nuevos horizontes. Vivimos un año de gracia y en él celebramos la gracia que se ha manifestado en la vida y en el mensaje del Padre Chaminade. Las dos realidades juntas son una invitación para compromisos concretos nacidos de las llamadas del año santo y de los escritos y palabras del Fundador.

1. Fidelidad creativa: peregrinos hacia la autenticidad. Somos herederos de una larga y rica tradición que ha buscado y tratado de juntar verdad y libertad y una santidad que gira en torno a un carisma que se quiere vivir plenamente y compartir generosamente. En torno a la figura del P. Chaminade tenemos que poner la de Madre Adela y de M. Lamourous; y la del P. Gapp, de Carlos, Jesús, Fidel, Faustino, Schelord, Domingo... Al atravesar el umbral de un nuevo milenio estamos llamados a permanecer fieles a esta tradición espiritual que pide asumir la espiritualidad marianista como una opción de vida 9[9], "hacer todo lo que El nos diga", y a mostrar que el evangelio se puede vivir con el rigor de su letra y de su espíritu. Al mismo tiempo se nos llama a reinterpretar todos los medios de un modo creativo para que las generaciones futuras puedan continuar dando vida y conducir a muchos a través de la vigilancia y la audacia a hacer que Cristo de ser nuestro amante se transforme en nuestro Amado.

2. Caminando con María, Madre y hermana. María es una constante presencia en la vida marianista. Ella nos guía y nos acompaña para seguir las huellas de Cristo su Hijo. Nos enseña a reflexionar en nuestros corazones todo lo que acontece, a alabar a Dios por lo que se realiza en nosotros y a través de nosotros. Entrando en el nuevo milenio, afrontamos el desafío de ofrecer a María a las nuevas generaciones de tal modo que pueda seguir siendo proclamada bendita; para ello nos esforzaremos en presentarla como una buena noticia. Esto requiere de nosotros meditar profundamente los valores centrales de nuestra devoción mariana tradicional, para ser capaces de ofrecer modos de relacionarnos con la Madre de Dios que hablen al corazón de la gente en medio de la que vivimos. Nuestra relación con María debería dar un salto de cualidad y se debería mostrar en nuestro diario vivir en el darla a conocer, amar y servir. "Vida, dulzura y esperanza nuestra" la llamamos y nuestra inspiración y auxilio es. A la vida nos acerca de un modo especial. Nos ayuda a apostar por la vida. Lo cual nos exige alumbrar vida, vigilarla y sustentarla. En una palabra el Jubileo nos puede hacer comprender que nuestro futuro es María y a proceder en consecuencia.

El marianista anuncia y testimonia que el auténtico amor a María siempre genera un amor entusiasta por Jesús. Este amor se extiende a la Iglesia, se convierte en compromiso por la misericordia y la justicia. Esto nos desafía en este año jubilar a acertar a poner a María en el lugar que le corresponde en nuestras vidas. Tarea difícil pero importante. Tenemos bastantes orientaciones concretas que vienen de nuestros Fundador. Una de las más

9[9] Carta fundacional LMC n. 2

importantes es su propio testimonio: Desde hace mucho tiempo no vivo ni respiro más que para dar a conocer, hacer a amar y servir a María (P. Chaminade).

3. *Lectio divina: caminar con la Palabra.* La Iglesia ha redescubierto en los últimos años los antiguos tesoros de la lectio divina que ha guiado a muchos a las alturas de la contemplación. La Palabra de Dios, reflexionada y orada, debe acompañar de todo lo que nosotros hagamos. Algunos Marianistas han aprendido a andar por la vida con la Biblia en la mano y es una imagen adecuada para caminar en buena dirección: al escuchar la Palabra de Dios, sus corazones han ardido, se han renovado sus vidas y reavivado el carisma marianista. La Palabra de Dios da vida. Han aprendido también que cuando se sumergían en esta Palabra se convertían en inspiración y estímulo para los demás. "Una Palabra habló el Padre que fue su Hijo, y esta habla siempre en eterno silencio, y en silencio debe ser oída del alma"^{10[10]}. "Encarnar la Palabra" debería ser la meta de nuestra oración y de nuestra vida para que nuestra vida sea creativa y se abra a la realidad total que nos rodea.

4. *Vocaciones: para reavivar nuestro carisma.* No hay duda que querríamos atravesar la puerta santa con el Padre Chaminade y acompañados de muchos jóvenes marianistas. Al menos debemos atravesar ese umbral con la certeza de que el carisma marianista hace feliz y fecunda la existencia de aquellos que lo asumen y lo convierten en una forma de vida ya sea esta religiosa o laical. La pastoral vocacional debe hacerse jubilar. En algunos lugares tienen que comenzar de nuevo, ser la propia de una año de gracia, tener el aire de un nuevo punto de partida. Los que nos precedieron respondieron con todo el corazón a lo que entendían que Dios les decía. Del mismo modo nosotros también debemos tratar de leer los signos de los tiempos y de los lugares para seguir a Dios allá donde Él nos está conduciendo. El salto de calidad en nuestra pastoral vocacional supone hacer más y hacer mejor. Si no los resultados seguirán siendo los mismos y la esperanza no renacerá. Cuando nace esta esperanza se reaviva nuestra vocación y se habla menos de crisis y se viven los frutos de una oración confiada y de una acción intensa e inteligente.

5. *Formación: iniciar a otros en la espiritualidad marianista.* Tenemos una gran tarea por delante: ofrecer la mejor formación posible a los que Dios nos manda a la Familia marianista, sean laicos sean religiosos. Hay una gran sed de Dios en nuestro mundo y la espiritualidad marianista tiene inmensas posibilidades para responder a esta sed y conducir la gente de modo más atinado en su relación con Dios. Hemos subrayado en los últimos años la importancia de la formación y hemos creado programas formativos tanto para religiosos y religiosas como para los laicos marianistas. Un nuevo paso vital consistiría en concentrar la atención en la formación de nuestros formadores; ellos sí tienen que pasar la puerta Santa y en compañía del P. Chaminade para que puedan inculcar el espíritu marianista. Cada uno da de aquello que tiene. Cuanto más estemos enraizados en nuestra tradición espiritual, tanto más tendremos para ofrecer a los que se inician en la vida marianista.

^{10[10]}S. JUAN DE LA CRUZ, *Puntos de amor*, 21.

6. *Vida comunitaria: caminar juntos.* Nos damos cuenta de que vivimos en una época de creciente individualismo y que debemos afrontar con realismo el desafío de ser hermanos y hermanas en la sociedad actual y de vivir como tales. La vida comunitaria es una estructura y un don para asumir esta condición. En la Iglesia y en la sociedad a pesar del individualismo creciente, la gente está a la búsqueda de verdaderas comunidades. De este modo el testimonio de nuestra vida tiene la posibilidad de hacerse más visible y significativo. Por lo mismo es urgente para nosotros favorecer la fraternidad y formar a los integrantes de esta Familia marianista a vivir en ella.

La vida de comunidad en el conjunto de la Familia marianista es el mejor exponente de nuestras debilidades y de nuestras fuerzas. El año jubilar es invitación a hacerse hermanos y a estar juntos y a vivir y trabajar hermanos. Por tanto nuestro esfuerzo de conversión debe pasar por nuestra opción renovada por la vida comunitaria. A su vez, la vida comunitaria también necesita conversión de tal forma que el que quiere ser hermano, pobre, misionero y contemplativo reciba apoyo para serlo del grupo o comunidad en el que se encuentre.

7. *Misión: guiar a los otros en el camino.* Nosotros miramos hacia el futuro con esperanza y con fe; convencidos de que los marianistas tenemos algo importante que ofrecer a las próximas generaciones. La gente espera precisamente de los Marianistas y de las Marianistas que sean capaces de ser guía segura a partir de su experiencia de Dios. Nuestra misión es grande, es la obra de María (P. Chaminade). La meta del viaje espiritual es el de convertirse a Cristo y vivir ya una nueva creación. Muchos desean crecer en su relación con Dios pero frecuentemente no tienen quién les instruya sobre cómo caminar con experiencia a través de la purificación hacia la montaña que es Cristo Señor. En toda las formas apostólicas asumidas por nosotros es importante que respondamos a las necesidades que la gente tiene de guías espirituales, eso fue sobre todo el P. Chaminade, un hombre de Dios para los demás, y, al mismo tiempo, permanecer abiertos a los testimonios que nos evangelizan y hacerlo más posible para abrir a los demás a la acción de Dios. La tarea principal del marianista consiste en dirigir la mirada a la persona, orientar la conciencia y la experiencia de los grupos hacia el misterio de Cristo; dicho con otras palabras, hacer de Cristo el centro del mundo. Así se llega a tocar la esfera más profunda del hombre, su espíritu, su conciencia y su vida (RH 10).

8. *Justicia y paz: entrar para salir.* La autenticidad de cualquier experiencia de Dios se prueba en la vida cotidiana. Una verdadera experiencia de Dios desemboca en un deseo para que el Reino de Dios pueda llegar y en un compromiso más profundo con sus valores. La puerta santa es la puerta de la justicia. Los Marianistas tratarán naturalmente de difundir el amor y el conocimiento de Aquél que han encontrado en su oración. Cuando vemos que mucha gente no puede satisfacer las necesidades humanas más elementales, nuestro amor a Dios es el que nos impide aceptar tranquilamente esta situación. La contemplación, que cada vez la vemos más en el núcleo del carisma marianista, se expresa espontáneamente en un genuino amor por el prójimo. Desde ahí se hace bien la pregunta del por qué existen tantas injusticias en nuestro mundo. Un compromiso por la justicia y la paz van muy bien con una vocación fuertemente contemplativa. Sin este compromiso toda experiencia de oración es sospechosa y se hace difícil cantar el Magnificat. Ser marianista y trabajar por la justicia se han comenzado a ver, sobre todo en los últimos años, como caminos inseparables. La dimensión mariana de nuestra espiritualidad hace que nuestro compromiso por la

justicia no pase tanto por las grandes propuestas y por los cambios radicales e institucionales, por la ideología y la totalidad. Nos lleva a lo concreto y a una acción marcada por la misericordia y la ternura, la cercanía y la ayuda.

9. *Cruzar la puerta de nuestra historia.* Hay puertas que no conseguimos atravesarlas con toda libertad y sinceridad: se trata de nuestra misma historia, de las relaciones pasadas y presentes entre los Marianistas, de los grupos de una y de otra procedencia y formación. Se trata del influjo que susceptibilidades culturales y nacionales arrojan también en las relaciones entre nuestras provincias, grupos de compromisos con motivo de diferentes tradiciones espirituales y sensibilidades ascéticas, o aún simplemente de prejuicios y cerrazones entre personas individuales. Debemos hacer una relectura liberadora de ciertos episodios de esta historia dominados por tensiones marcadas por la falta de comunión. Hemos comenzado a hacer la historia de la Compañía y al avanzar en este trabajo ha cobrado relieve la necesidad de reencuentro y reconciliación. Estamos llamados a dar testimonio de un diálogo de paz y de perdón recíproco humilde y sincero, de una nueva época de fraternidad y de convivencia sana con las diferencias. Las múltiples formas de diálogo y de comunión deben involucrar a las personas y a las instituciones. El nivel de la vida fraterna en comunidad será siempre el punto de arranque para un diálogo y para una comunión más amplia que puede y debe comprometer también a los laicos que desean participar de un modo más intenso en la espiritualidad y en la misión marianista ^{11[11]}.

Conclusión

La Familia marianista está viviendo en una encrucijada y de ella quiere salir. La realidad del año santo y la beatificación del P. Chaminade son momentos importantes para poder tener la intensidad y la dirección justa que nos permitan salir de esta situación. Es tiempo oportuno para enfrentarnos a las fuerzas que nos bloquean y frenan y reforzar la dinámica de la santidad. Esta dinámica nos capacitará para responder creativamente a los retos que el evangelio nos presenta hoy. Cruzar la puerta santa puede ser el símbolo para iniciar lo que tanto deseamos.

Bajo la tutela de María, contemplada y experimentada como madre y hermana en la tradición espiritual marianista, cruzamos el umbral del tercer milenio. Ella continúa acompañándonos con su fidelidad en el "seguimiento de Cristo", con el ejemplo de la reflexión orante del corazón, con la invitación a hacer aquello que el Maestro nos dice, con el cántico de gratitud y de liberación, con la presencia junto a la cruz del Hijo humillado, con la maternidad espiritual en medio de los discípulos, con la apertura a la acción del Espíritu en Pentecostés y con la presencia en medio del pueblo pobre y humilde a través de los siglos. Cruzamos la puerta santa de una nueva época en compañía de María. Ella nos muestra a Jesús en el santuario y en la vida.

Cruzamos la puerta de una nueva época en compañía del P. Chaminade. A él le tocó vivir el Jubileo del 1800 después de haber peregrinado por España y haber oído la voz del Señor en el Pilar de Zaragoza. Pero fueron muchas las veces que debió atravesar el umbral de nuevas tierras y fronteras y peregrinar por el mundo para recibir gracia.

^{11[11]}Cfr. *Vida consagrada*, 54.

Cruzamos el umbral de nuestra interioridad para reconocer allí, a la luz de Cristo, las huellas de la gracia y de la misericordia; cruzamos el umbral del perdón para reconocernos hijos y hermanos; atravesamos el umbral cerrado de toda las puertas que separan, bloquean la comunicación, dividen y contradicen la fraternidad y la comunión.

Cruzamos la puerta de este nuevo milenio, con fe viva y una esperanza activa para servir al Señor de los siglos con corazón puro y una generosidad total. Así entramos en el año de gracia y de todo bien y caminaremos por sus días movidos y orientados por las señales de ruta de la paz, la justicia, la libertad y el amor.

Roma

Chaminade 22 enero 2000

José María Arnaiz
